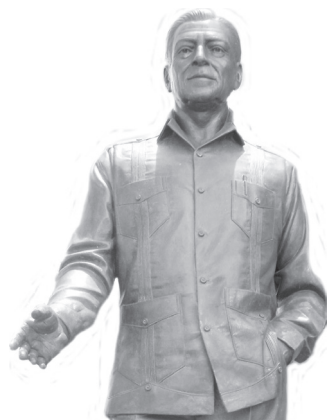




Cacahuete condumio

(22 de agosto de 1954)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2596

DOMINGO 14 DE JUNIO DE 2020

El artista Manuel Felguérez (1928-2020) y su obra.



ESCRIBEN: Gerardo Cham, Yunuén Cuevas, Salvador Velazco, Magda Escareño,
Ramón Moreno, Fernando Hernández y Carlos *Caco* Ceballos.

El cisma Felguérez, “pintura mural escultórica”

Julio César Zamora

Felguérez es absolutamente insustituible. Juan Villoro

El arte siempre es ruptura, dijo Manuel Felguérez hace poco más de un año y a un mes de cumplir nueve décadas de vida. El infatigable pintor y escultor reveló que trabajaba siete horas diarias en su taller: de 10 de la mañana a 2 de la tarde, momento en que suspendía actividad para tomarse un tequila, “¿por qué crees que estoy llegando a los 90?”, expresó en una entrevista a *Excélsior*. Si no se le atravesaba la fastidiosa vida social como alguna cena, regresaba a su estudio a las 6 de la tarde para concluir a las 9 de la noche.

En este periodo de cuarentena, a sus 91 años, Manuel Felguérez siguió produciendo obras. El pasado 18 de mayo, Día Internacional de los Museos, participó en un video publicado por el Instituto Zacatecano de Cultura, donde muestra algunos cuadros que hizo desde el aislamiento y habló sobre la pandemia, “espero que pronto vencamos a este diabólico virus, usando el emblema zacatecano, de que el trabajo todo lo vence”.

Por desgracia, el vigoroso irruptor fue alcanzado por el Covid-19, provocando la única de sus rupturas no deseadas, con la vida, falleciendo el pasado lunes 8 de junio. Pero el cisma de su legado artístico ahí está, inconmensurable. Su obra no tiene edad ni muerte, sólo expresión y monumentalidad interminables, hacia la perpetuidad. Como dijo la investigadora y crítica de arte, Lelia Driben, “Vigorosa presencia, formada simultáneamente por insinuaciones orgánicas y mecánicas” (*La rupturista generación de la vanguardia*, 2001).

El poeta Octavio Paz fue uno de los primeros en exaltar y bautizar el trabajo de Felguérez por considerarlo “arte mural de

veras monumental en el que la pintura se alía a la escultura. Pintura mural escultórica o, más exactamente, relieve policromado”, agregando que la ambición del artista era “mediante la conjunción de pintura, escultura y arquitectura, inventar un nuevo espacio”. En vida, el zacatecano reconoció el invaluable apoyo de Paz para impulsar su obra.

El escritor Juan Villoro también ha disertado sobre la obra de Felguérez, sintetizando así algunas etapas de su pintura abstracta: “La cuidada composición se hunde bajo superficies desafiantes: los calcáreos paisajes de los tempranos años sesenta; las consistencias rojizas, vivas, entre vegetales y gástricas, que dominan sus arriesgadas telas de los años ochenta; los vapores tenues, contrastados con masas terrosas y chorros de oro líquido, de los años noventa” (*Manuel Felguérez, el límite de una secuencia*, CNCA, 1997).

Volviendo a la Ruptura, pero al movimiento artístico del que formó parte junto a una generación que por la diversidad de obras y propuestas abrieron camino a la pintura moderna mexicana, Manuel Felguérez a lo largo de su inagotable producción demostró un permanente espíritu vanguardista, por ello sostenía que el arte siempre es ruptura, reinventándose a sí mismo.

“Artísticamente sigo produciendo y cuando produzco nunca sé, ni ahora ni cuando empecé, si estoy haciendo una cosa maravillosa o una porquería; no sabe uno, uno hace lo que siente. Cada vez que hago una obra digo: ‘esta será la mejor de mi vida’, pero al final digo: ‘pues no fue tan buena, pero ahora sí voy a hacer la mejor’. Uno siempre está en una lucha por superarse”. (Qué lata tener 90, Manuel Felguérez, *Excélsior*, 05/11/2018)



Toda esta obra se encuentra expuesta en el Museo de Arte Abstracto Manuel Felguérez, en Zacatecas. Fotos de Julio Zamora.

A las nueve en punto

Óscar Chávez en el cine

Salvador Velazco



Por ti, Óscar Chávez

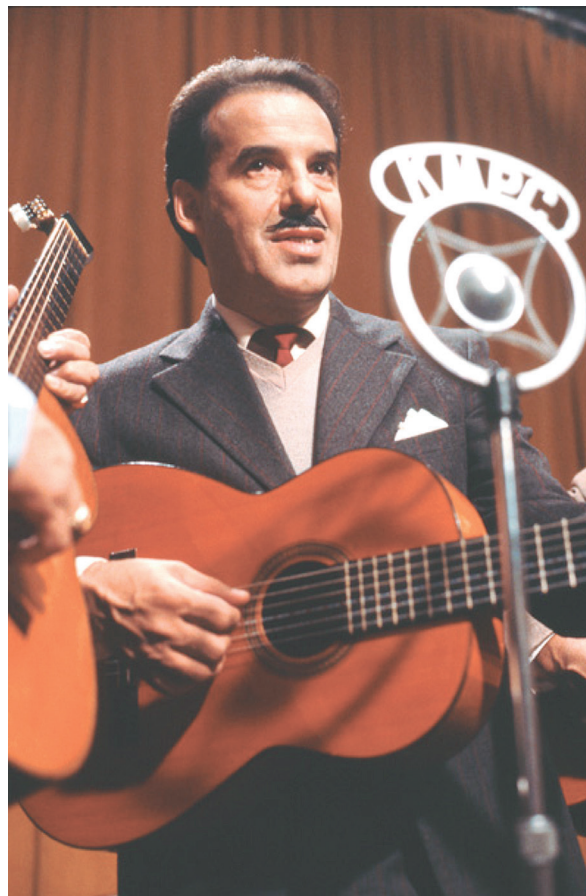
La malhadada pandemia que nos tiene en vilo se llevó al gran cantante y compositor Óscar Chávez el pasado 30 de abril a la edad de 85 años. El trovador no sólo fue un reconocido intérprete de la música popular y tradicional mexicana, sino un militante de izquierda comprometido con las luchas sociales. Fue simpatizante del movimiento estudiantil de 1968, acompañando con sus canciones a los estudiantes que luchaban por la democratización del país y lo mismo hizo con los zapatistas en los 90. Es muy probable que la mayoría de los lectores de *Ágora* hayan entonado en algún momento la que es una de sus canciones más emblemáticas, “Por ti”, ese gran poema de 1974 que se ha convertido en un verdadero himno en México.

En esta ocasión quisiera rendirle un homenaje al cantautor hablando de una de sus facetas menos conocidas, la de su trayectoria en el cine nacional que lo llevaría a participar en más de una docena de películas en un lapso de aproximadamente 35 años, desde su debut en *Los caifanes* (Juan Ibáñez, 1966) hasta *Piedras verdes* (Ángel Flores Torres, 2001). La actuación no fue el trabajo principal de Chávez a lo largo de su vida, como sí lo fue la música; pero el cantante ha dejado su presencia en la pantalla grande al lado de figuras consagradas como María Félix en *La generala* (Juan Ibáñez, 1970). No podríamos decir, ciertamente, que haya sido un actor excepcional; sin embargo, debido a su formación en la escuela teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes, Chávez interpretó sus personajes con solvencia y profesionalismo.

Los caifanes, producida en 1966 y basada en un guion escrito por su realizador Juan Ibáñez y el escritor Carlos Fuentes, fue la película que dio a conocer a Óscar Chávez, al lado de tres excelentes actores provenientes del teatro universitario: Sergio Jiménez, Ernesto Gómez Cruz y Eduardo López Rojas. Los cuatro conforman el grupo de los “caifanes”, jóvenes de la clase trabajadora que conoceremos por sus apodos, *Capitán Gato*, el *Mazacote*, el *Azteca* y el *Estilos*. En una noche lluviosa, Julissa y Enrique Álvarez Félix, una pareja de enamorados perteneciente a la clase alta, se van a unir a ellos para recorrer una Ciudad de México que se antoja espectral y onírica con la idea de ‘vivir intensamente’.

Óscar Chávez interpreta al *Estilos*, el caifán que canta y seduce a Julissa en las calles surreales y misteriosas del centro histórico, lo que lo convierte en el rival de amores del adinerado Álvarez Félix; pero las diferencias sociales son muy difíciles de soslayar. Aunque es evidente la atracción que siente el uno por el otro, el *Estilos* carece del capital simbólico y económico necesarios para poder desplazar al acaudalado novio. La culminación de una posible relación amorosa entre el *Estilos* y Julissa solo podría darse “fuera del mundo” (no en balde este era el primer título de la cinta). Por ello, Chávez interpreta la canción que es el tema musical de la película como una clara manifestación de sus sentimientos: “Tú y yo, nosotros dos/ Ahora, así, aquí/ Fuera del mundo...”.

Este primer papel que Óscar Chávez desempeña en *Los caifanes*, una persona sencilla de la clase trabajadora



Óscar Chávez en el papel de Pedro J. González.

El *Estilos* seduciendo a Julissa.

de nobles sentimientos, se va a repetir en algunos de sus siguientes trabajos. Por ejemplo, en *Las cadenas del mal* (José Díaz Morales, 1969), interpreta a un joven de barrio que está enamorado de Fanny Cano. Si bien en este melodrama Fanny Cano no pertenece a la clase alta de la Ciudad de México como Julissa, sí tiene ambiciones de salir de la pobreza en que vive a través del camino del modelaje que la conducirá a un mundo de prostitución y drogadicción. Previamente romperá su relación romántica con Chávez, pues este solo cuenta con un modesto trabajo como mecánico que no es suficiente para pagar los lujos que busca alcanzar como modelo.

El “Caifán mayor”, como empezará a llamársele a Óscar Chávez, tuvo la oportunidad de hacer personajes más complejos. Uno de ellos es el del falso sacerdote que llega, en forma circunstancial, a un burdel de provincia en *El oficio más antiguo del mundo* (Luis Alcoriza, 1970). Aquí Chávez es un delincuente que anda metido en negocios fraudulentos de la construcción de iglesias. Una noche es golpeado y acuchillado cerca de una casa de citas regentada por Gloria Marín. En este lugar, mientras se recupera de las heridas, las prostitutas del lugar (Isela Vega, Jacqueline Andere, Maricruz Olivier, Lupita Ferrer, entre otras) hacen un examen de conciencia con él creyéndolo un sacerdote y empiezan a dar muestras de querer reformarse. Esto gracias al poder de la palabra del maleante convertido en siervo de la iglesia. No obstante, el arrepentimiento de las mujeres desaparece cuando se descubre que es un impostor.

Con todo, quizá el papel más importante de la carrera de Óscar Chávez fue su interpretación de Pedro J. González en *Break of Dawn* (*Rompe el alba*, Isaac Aronstein, 1988), una coproducción chicano-mexicana que reconstruye la vida de quien fuera el primer locutor de habla hispana en la historia de la radio en Los Ángeles, California. González, un antiguo telegrafista al servicio de Pancho Villa durante la Revolución, inició un programa llamado “Los madrugadores” en 1929, en donde cantaba canciones mexicanas y hacía comerciales dirigidos a la comunidad latina. Era la época de la Gran Depresión. Con el paso del tiempo, el pionero de la radio se transformó en un líder de la comunidad y en defensor de la población de origen mexicano. Desde su tribuna matutina denunciaba las deportaciones masivas y violación de los derechos civiles de los mexicanos, lo que propició su caída. En 1934 fue acusado falsamente de haber violado a una joven menor de edad y enviado a la prisión de San Quintín. Seis años más tarde, cuando se pudo comprobar su inocencia, fue liberado y deportado a México.

Llevar a la pantalla la vida de Pedro J. González representó para Óscar Chávez un gran reto del que salió bien librado. Desafortunadamente, *Break of Dawn* fue una producción independiente que no contó con grandes recursos económicos, por lo que no pudo asegurar una buena distribución en Estados Unidos. Sin embargo, esta película —de suma importancia en el contexto del cine chicano— sirvió para dar a conocer más allá de las fronteras nacionales, así fuera un poco, la voz y la personalidad atrayente del Caifán mayor.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Cacahuete condumio

Don Manuel Sánchez Silva

(22 de agosto de 1954)

Tema inagotable de poetas y escritores ha sido siempre el peculiar temperamento de los japoneses, capaces de las más extraordinarias abnegaciones y del sacrificio de las comodidades, del honor y de la vida, en aras de su mística devoción por el emperador, que para ellos representa a un tiempo mismo los conceptos de Dios y de patria.

Después de la última guerra, Japón está evolucionando notablemente en el campo social, practicando las costumbres y siguiendo los sistemas de las naciones occidentales, que asimila con esa rara facilidad de adaptación que ha sorprendido a sociólogos y observadores.

Sin menoscabo del respeto y del cariño que experimentan por su emperador, cuya suprema autoridad constituye ley indisputada, el pueblo está ensayando con admirable éxito el demócrata experimento de las elecciones, y por primera vez en su vida cuenta con funcionarios surgidos de los comicios.

Es muy posible que en el transcurso de pocos años, el ejercicio de estas libertades destierre el fanatismo enardecido y ciego que fue la principal característica de esos hombres de ojos oblicuos y alma extraña e inconquistable, y que, al identificarse plenamente con la interpretación de la vida de otros pueblos, supriman para siempre las maniobras complicadas y sutiles en que fueron maestros, para sobrevivir en un momento del mundo en que se desconfiaba de todas las razas de seres diferentes a la suya.

Solamente en un pueblo como el japonés, que interpreta la muerte como un privilegio y la vida como un tránsito delimitado por la conveniencia de su país, pudieron suscitarse ejemplos de renunciamentos a todo lo que tiene de amable la existencia.

Por los años de 1913 ó 1914, apareció en Colima un japonésito desmedrado e insignificante, que decía llamarse Cirilo y que se sostenía de vender por las calles pequeños triángulos de condumio de cacahuete.

Pronto se hizo popular. Todos los días, después de las primeras horas de la mañana, podía vérselo en calles y jardines, equilibrando sobre la cabeza una tabla cuadrangular sobre la que colocaba el exquisito dulce, y la chiquillería de las escuelas salía de clases aguzando el oído en busca del pregón:

¡Cacahuete condumio...!

Cirilo llegó a ser en la ciudad una de las figuras más conocidas y simpáticas. Con su español champurrado, compuesto de un centenar de palabras castizas, pronunciadas

en la peor de las formas, tenía bastante para platicar con todo el mundo, bromear con muchachos y jugarles “volados” de a centavo o su equivalente en condumio, y su eterna sonrisa bonachona se acentuaba en franca alegría cuando la suerte le era adversa y los muchachos le ganaban las apuestas.

Durante muchos años Cirilo empalagó con sus condumios. De vez en cuando se iba por tres o cuatro semanas a Manzanillo y Cihuatlán, recorriendo pueblos y rancherías, con su tabla de golosinas en la cabeza.

Y en todas partes su humildad, pobreza, buen humor y sobre todo lo sabroso de sus condumios, le conquistaron buena voluntad y simpatía.

En 1920 atracaron en Manzanillo tres barcos de guerra japoneses y, como siempre que esto ocurría, muchas personas de Colima se dirigieron al puerto para ver de cerca el espectáculo y disfrutar de la nunca desmentida hospitalidad de los nipones.

Poco antes de zarpar, un grupo de jefes y oficiales japoneses cambiaba los últimos cumplidos con las autoridades del puerto y numerosos vecinos principales. La escena se desarrollaba en el pedazo de muelle que por entonces era lo único que existía. De pronto apareció Cirilo, sonriente, mal vestido y modesto como siempre. Los circunstantes nativos pensaron que venía a saludar a sus paisanos y le abrieron al pobretón el paso, pero cuál no sería su sorpresa al advertir que los altos dignatarios del poderoso imperio se inclinaban reverentemente a su paso, mientras pronunciaban en voz baja y respetuosa ininteligibles palabras en su idioma.

Sin alterar su expresión ni sus maneras, Cirilo atravesó por una doble fila de cuerpos uniformados, que asumían una actitud de sumisión, y abordó la lancha almirante que lo condujo al barco insignia.

Como si la llegada de Cirilo hubiera sido todo lo que esperaban los oficiales japoneses, se despidieron luego de los testigos de lo ocurrido y subiendo a sus lanchas pronto llegaron a sus barcos, que poco después se hicieron a la mar, llevándose para siempre al insignificante vendedor de cacahuete condumio.

¿Quién era Cirilo? ¿Un espía? ¿Un técnico en planificaciones marítimas? ¿Un hombre de la confianza de su emperador, encargado de alguna misión confidencial?

Hay preguntas a las que es inútil afanarse por encontrarles respuesta. Y esta es una de ellas.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



El Nagato, buque de la Armada Imperial Japonesa de 1920.

Las líneas de Felguérez en mis dedos

Yunuén Cuevas

La obra del artista plástico Manuel Felguérez Barra, estuvo frente a mis ojos desde mi adolescencia, en la plaza en conmemoración del 50 Aniversario de la Universidad de Colima, donde resalta una gran escultura de granito, que parece haber sido trazada con regletas y lápiz del 2.º, como nos lo pedían en la escuela para hacer los exámenes. Sin embargo, he de reconocer que la primera vez que escuché su nombre fue hasta hace un par de años, en el Jardín Escultórico del Centro Estatal de las Artes, ubicado en la carretera Villa de Álvarez-Comala, Colima, donde entre las obras que se camuflajan con el follaje de los árboles figura una que pareciera contener figuras geométricas entrelazadas, dando aspecto de acceso a otra dimensión.

—Esta es mi favorita, es de Felguérez. Mira los trazos, las líneas... —dijo Julio, y unos clics bastaron para resguardar el momento.

Así que cuando programamos nuestro viaje a Zacatecas, era de rigor visitar el Museo de Arte Abstracto Manuel Felguérez. El artista nació en una población llamada Valparaíso, a dos horas del recinto que estábamos a punto de conocer. Esa mañana el plan era recorrer dos museos: “Rafael Coronel” y “Arte Abstracto Manuel Felguérez”, uno dentro del majestuoso ex Convento de San Francisco, rodeado de jardines y máscaras; el otro, el ex Seminario Conciliar y Tridentino de la Purísima. Ambos edificios son obras que muestran en sus paredes, marcos y puertas la historia de nuestro país.

El recorrido por el museo Rafael Coronel será motivo de otro relato; al salir de éste compramos unas nieves de garrafa, activamos el Google maps, el cual indicaba un recorrido a pie de cinco minutos, y nos dirigimos al destino del museo que lleva el nombre del artista que escuché en aquel jardín de Comala. Es zacatecano, esperemos esté abierto, ojalá vea la obra que me gusta, fueron frases que pronunciaba Julio en el recorrido hacia el recinto. Y nos recibió una fachada que parecía haber sido modificada en el tiempo, más adelante en nuestro trayecto nos percatamos del porqué. Al entrar, la plaza central iluminada con luz natural, llena de arcos en ambas plantas, engalanada con obras de arte moderno de diferentes artistas, hace contraste con el edificio construido a finales de 1800. Se trata de una divergencia agradable a la vista.

La primera sala que visitamos fue la de los gigantes, en realidad se llama Murales de Osaka, pero la apodé los gigantes porque se trata de una colección de 12 obras que por sus características son monumentales, distribuidas en un espacio con divisiones que guían al visitante durante su recorrido, indicando, con la presencia de unas bancas de madera, donde se puede parar a admirarlas. Es imposible no quedar anonadado ante tal majestuosidad, pareciera que fue un grupo de gigantes los que con pinceles de metros de longitud pintaron sobre los lienzos que admiraba sin querer moverme de ahí. Perfectamente colocados, colores vivos entre aquellos de colores más fríos, como si se tratase de la *Sinfonía Número 5* de Tchaikovsky.

Al salir de esta sala ubicamos otra con obras de

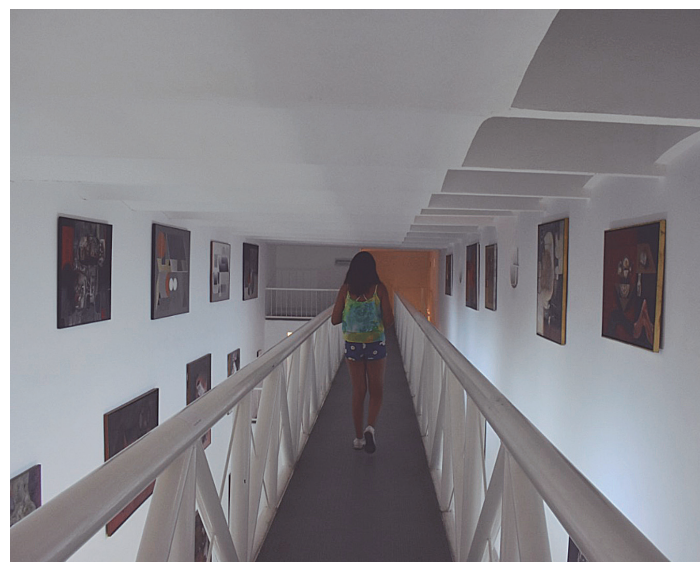
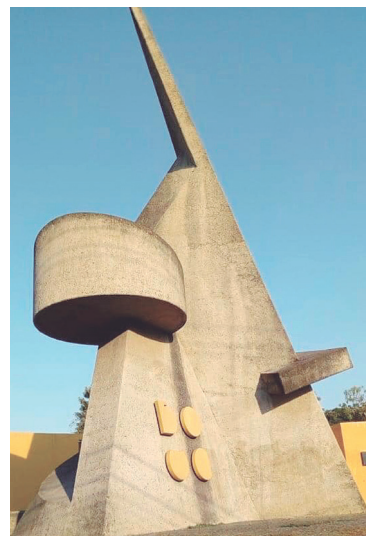
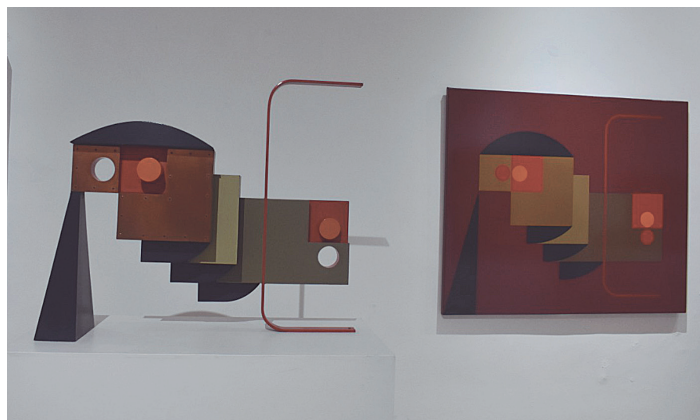
la década de 1950, generadas por el grupo de artistas del movimiento llamado La Ruptura, porque rompieron con la tradición que se tenía de arte hasta el momento. Son pinturas que si bien tienen una pizca de lo que vi en la de aquel Jardín o de la plaza de mi ciudad, aún no lograba sentirme identificada. Debo agregar que algo que me agradó mucho de esta sala fue una maqueta donde se muestran las obras que fueron diseñadas en el marco de las Olimpiadas, México 68, en un proyecto titulado Ruta de la Amistad, que dista mucho de lo que la historia nos relata; verlas fue como tener frente a mí lo que debería ser, en lugar de lo que fue.

Y por fin pasamos a las salas que poco a poco van mostrando obras más parecidas a lo que yo tenía en mente, los trazos perfectos, las líneas impecables, esas esferas tanto en pintura como en escultura. Fue fascinante ver los bosquejos, pinturas y esculturas de una misma obra, es como si pudieras ver a una persona real y a un lado sus fotografías. No sabía si voltear a ver los cuadros o la escultura; y ahí comenzó el recorrido a la magia de Felguérez, lo fantástico de tener algo en mente, dibujarlo y sacarlo del papel para poder tocarlo con tus manos, es un decir, en realidad no lo hice, pero en verdad sí dan ganas.

Hay salas en el museo que te invitan a quedarte ahí por horas, más que para descansar, para respirar la tranquilidad que transmite, pero hay otras áreas de las que prefieres salir corriendo. Esto sucedió al recorrer una de las alas de la planta alta, donde lo primero que me llamó la atención es que se trataba de un pasillo construido con una estructura metálica, que parecía un gran puente que unía a dos partes del edificio; durante el trayecto uno podía admirar en ambos lados pinturas de Felguérez, era algo que no había visto en otra galería, hasta pensé que se trataba de una forma innovadora de mostrar las obras, pero al llegar al final de la plataforma fue que me di cuenta de dónde nos encontrábamos. Resulta que de 1964 a 1995 el edificio fungió como penitenciaría del estado, tanto de hombres como mujeres, y ahí, al final del pasillo, se encontraban dos celdas que la administración decidió dejar intactas como parte de la historia del edificio. La sensación de querer salir invadió mi cuerpo y fue el área del museo que recorrí en el menor tiempo posible. Finalmente llegamos a un área para producir litografías, donde enseñaron a Brana junto a otros dos niños cómo elaborarlas, les colocaron sus aditamentos y fueron paso a paso guiándolos en el proceso, para finalmente obtener una linda litografía hecha en el taller del Museo de Arte Abstracto Manuel Felguérez.

Del recorrido nos quedan las anécdotas, sensaciones, fotos, pero sobre todo el haber conocido la obra de un gran artista mexicano que, cuando tuvimos la dicha de ir, aún habitaba en este mundo llamado Tierra.

Gracias, Felguérez, por dejar las líneas que dibujo de manera figurada con mis dedos cada vez que me detengo en el semáforo de la esquina del boulevard Camino Real y Av. Universidad, en mi ciudad de Colima.





Sal de Colima

Gerardo Cham

Al filo del mediodía, bajo un sol de plomo aparecen las Salinas de Cuyutlán. Nada más bajarme del coche me asalta un espectáculo fantástico de montañas blancas, alineadas en su propio bosque mineral. A pesar del calor ventea sabroso, aunque a esas horas las eras lucen desiertas, extendidas como un sistema de eslabones solitarios.

Al caminar entre pasillos salitrosos vienen a cuento las paradojas de la sal. Por un lado, su composición química nos provee minerales necesarios para mantenernos vivos. Además de agregar sabor a la comida, la sal cura heridas, fortalece músculos, mantiene vivo nuestro cerebro. Pero como bien sabemos, el consumo excesivo de sodio nos puede generar problemas renales y aumento en la presión arterial. Eventualmente podríamos sufrir un accidente cardiovascular.

La escritora boliviana Magela Baudoin lleva esas mismas paradojas a un plano más simbólico. Si a la sal se le atribuyen propiedades nutricionales y curativas, también, desde épocas remotas, ha sido materia corrosiva para avivar heridas, lacerar e incluso matar. Será que los granos de sal nos recuerdan la esencia contradictoria de la vida.

Otro aspecto, sin duda fascinante de las Salinas de Cuyutlán es que forman parte viva de nuestra microhistoria nacional. Se consume sal en México desde la época prehispánica. En la mitología mexica, Huixtocihuatl era una diosa de la fertilidad encarnada con sal. Bernardino de Sahagún la asocia a la leyenda de “las aguas saladas” de los tlaloques, hacedores de sal con tinajas y amontonamientos de tierra arcillosa con cal.

Cómo no asombrarse ante el hecho de que, en las salinas de Cuyutlán, las zafras de sal aún preserven métodos ancestrales. En una de las cédulas informativas del Museo de la Sal, en Cuyutlán, se informa que la técnica tradicional de pozo de tapextle probablemente fue introducida por esclavos filipinos a mediados del siglo XVI. Pero aquella merced marcó el inicio de un largo litigio entre dueños de la hacienda ubicada en Cuyutlán y el Cabildo de la Villa de Colima. No estaba claro si los derechos se concedían para explotar beneficios del agua y sus peces, o si también incluían el piso de la laguna. Aquel litigio se extendió hasta 1919, cuando Venustiano Carranza lanzó una declaración que adscribió a las salinas, incluida la laguna, como propiedades de la nación. Desde entonces se empezaron a conceder las primeras cooperativas de salineros.

Al fondo se recorta la silueta de un salinero solitario. Parece un fantasma rulfiano. Al acercarme oigo un leve crujido en el suelo. Es el efecto de pisar arena polveada con sal. Don Antonio es un señor muy paciente. Me explica el proceso para obtener la famosa flor de sal. Todo es manual, me dice. Hacemos una cosecha muy delicada, de forma artesanal, con un cedazo fino. De pronto hace una pausa para encender un cigarro. Agita un poco sus manos escaldadas. No parece afectado por los destellos de sol reflejados en los espejos de sal.

En algunos estanques se han formado costras cuajadas, semejantes al destilado verdoso de un alambique. Todo viene de los tajos, me explica Don Antonio, mientras da unas fumadas al cigarro. Hasta caracoles petrificados han encontrado en esos hoyos. De ahí pasa el agua a los estanques. Esa agua cruda tiene entre cinco y ocho grados de salinidad. Pasan dos o tres semanas de evaporación natural, hasta que el agua se asienta. Luego fluye el agua hacia otro estanque llamado tasa y de ahí a las eras de cristalización, donde dejamos que el agua dulce se evapore dos o tres días.

Don Antonio se acucilla, encaja la palma en una costra de hojaldre salitroso. Mire, esta natita es la flor de sal. Flota porque su densidad molecular es inferior a la del agua. Eso hace que la composición química sea distinta a la sal común, o sal de mar. Fíjese bien, es más cristalina, menos salada. Sale hasta con siete puntos menos de cloruro de sodio. Al final quedan unos granitos finos, crujientes que no se apelmazan. Es muy famosa porque da un sabor más intenso y delicado a la comida. Chefs del mundo la buscan. Si se fija bien verá cómo esa sal común se va al fondo de la era. Aquí, de cada era se sacan cien, o hasta ciento cincuenta kilos de sal. En cambio, flor de sal,

máximo se cosecha un kilo de cada era. Se saca con mucho cuidado con un cedazo fino, como ese de allá.

Don Antonio extiende el brazo. Me habla un poco de las familias de la sal. Muchos ya no están. Se integraron a la memoria colectiva de los salineros. Se ven incluso cruces de difuntos encajadas a la sombra. Por todos lados hay palas, cepillos, cedazos desperdigados. Parecen objetos estériles, pero en realidad un pulso invisible de dignidad por el trabajo los descifra. Me despido de Don Antonio. Una vaporcillo cálido y nostálgico permanece flotando entre los resplandores blancos de la sal.



A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XIV

El estilo arquitectónico de la pila

Ramón Moreno Rodríguez*



En las entregas anteriores hemos hecho algunos breves comentarios –como no puede ser de otra manera en este tipo de textos divulgativos, no de investigación documental–, de algunas causas que nos llevan a dudar de la honradez intelectual de quienes decidieron exhibir una pila bautismal de la que se dice fue utilizada en 1519 ó 1520 para imponer las aguas lustrales a cuatro tlatoanis tlaxcaltecas.

Hemos hecho alusión a las causas históricas, políticas, documentales, sociales y hasta psicológicas que nos llevan a concluir lo que concluimos. Es necesario reiterar que no es posible afirmar a ciencia cierta que aquello es una falsificación, pero todo apunta a que lo es. Ahora haremos unas últimas consideraciones sobre el tema, y tienen que ver éstas con el estilo arquitectónico de dicha fuente.

Entrando en materia, diremos en primer término que, hasta donde alcanzamos, no se ha hecho un estudio

estilístico y arquitectónico de los muchos vasos bautismales del siglo XVI mexicano a pesar de que es un tema –el arquitectónico– muy estudiado. Se han documentado los edificios eclesiales, los conventos, los claustros, las bóvedas de caños, las plantas basilicales, las pinturas murales, las columnas, los capiteles, las capillas abiertas, las nervaduras gotizantes, las capillas posas, los arcos de medio punto o los escarzanos; también se han estudiado las bóvedas vaídas o los entablamentos de madera o los ajimeces o los ábsides; incluso, los diversos tipos de escalinatas conventuales también han sido motivo de estudio y reflexión, pero no sabemos de alguna documentación que se haya hecho sobre las pilas bautismales, que ya digo, se conservan muchas. Por ello es que entraremos en un terreno movedizo, pero, de cualquier manera, podemos hacer unas pocas observaciones que nos permitirán reafirmar nuestra hipótesis que, por otro lado, no estamos aferrados a sostenerla si algún documento aparece que nos desmienta.

En segundo lugar, hay que decir que en aquellos años iniciales de la llegada de los españoles (1519-1521) no había tiempo para nada, sino para la guerra y, si no había tiempo para edificar iglesias, menos lo había para labrar pilas bautismales. Veamos un caso. La primera iglesia de la Ciudad de México se construyó ente 1525 y 1526; los años previos se daba misa en una improvisada capilla que estaba en el espacio que hoy ocupa la esquina norponiente de Palacio Nacional. En este edificio prehispánico que formaba parte de las llamadas Casas Nuevas de Moctezuma daba misa fray Bartolomé de

Olmedo y cuando en 1524 llegaron los primeros doce franciscanos, también oficiaban el culto ahí, hasta que un año después del arribo iniciaron la primera de las fábricas del convento de San Francisco. Si esa primera iglesia edificada exprofeso se construyó en un año (la actual catedral se tomó casi 300 años en concluirse!), ya se imaginará el lector el aspecto que tendría, de seguro que era un templo prehispánico hecho de adobes, varas y paja, al que se llamaba iglesia.

Es lógico que así haya sido: no había arquitectos ni alarifes ni albañiles españoles. Por lo tanto, las primeras edificaciones del México colonial eran más indias que españolas. ¿Se imagina el lector que hubiera habido tiempo, ya no digo en 1519, sino en 1525, para hacer una pila bautismal al estilo español? Sin duda, la respuesta es no. Las primeras pilas bautismales que se debieron usar o eran fábricas prehispánicas adaptadas para ese uso o su rusticidad y el no dominio de las técnicas es-

pañolas por los lapidarios indios debió producir obras muy lejanas a los conceptos españoles de lo arquitectónico. Este tema (en otros objetos, no en pilas bautismales) ya ha sido muy estudiado. Constantino Reyes Valerio le llama arquitectura indo-cristiana.

En Zapotlán el Grande se conserva una pila bautismal de estas características. Es una fábrica para cristianizar indios pero hecha con el alma y la cosmovisión de los indios, cuando no, era un objeto destinado a otro uso que se adaptó una vez llegados los franciscanos a esta región. Es un recipiente de piedra volcánica labrado muy rústicamente; recuerda lejanamente por su forma rectangular a una moderna bañera. En cada una de las cuatro esquinas tiene patas del mismo material pétreo

en forma de garras de felino. Si este aspecto tuviera la pila de Tlaxcala nos tendríamos que inclinar por creer tal afirmación que la cartela antes aludida anuncia, pero imposible pensar que en 1519 ó 1520 unos indios hubieran labrado la pila bautismal que en Tlaxcala se muestra.

Para finalizar, diremos que en un pequeño pueblo del Estado de México (Oxtotípac) se conserva una pila bautismal muy parecida a la de Tlaxcala y tiene labrada una fecha, 1570. Por ello nos inclinamos a creer que dicha fuente, en el mejor de los casos, debería ser de esta séptima década del siglo XVI y no de fecha tan temprana como 1519 ó 1520.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com



Pila bautismal de Tlaxcala, supuestamente fabricada en 1519 ó 1520.



Pila bautismal de Zapotlán el Grande. La fecha de fabricación más temprana puede ser establecida en 1533.



Pila bautismal de Oxtotípac, Edo. Mex. fechada en 1570 y de gran parecido a la de Tlaxcala.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Disposiciones, ordenamientos y costumbres

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1996. Allá por los años veinte, tan luego llegaba el mes de agosto, los Ayuntamientos conminaban a los casatenientes a que desenzacataran los frentes de sus casas, mientras que las propias autoridades se encargaban de los frentes de los edificios públicos y las calles que circulaban los jardines. Por toda la ciudad, chiquillos, jóvenes y mayores, lo mismo que fajinas de pesos, todas las tardes con cuchillos y machetes amellados se ponían a sacar el hermoso, verde y atractivo zacatito que crecía por la bonita costumbre de regar las calles.

Afortunadamente para los automovilistas y desgraciadamente para los peatones, los presidentes municipales posteriores, sintiéndose progresistas y simpatizando con los coches, empezaron a pavimentar la ciudad propiciando el destrozo de las banquetas para que “don coche” pudiera entrar y salir sin molestia alguna, discriminando al “de a pie”, costumbre que desgraciadamente aún persiste.

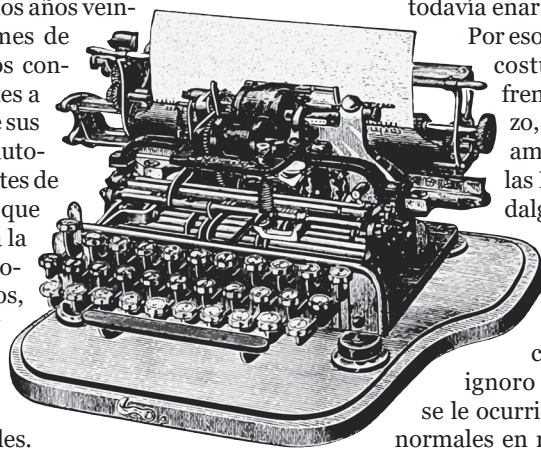
También por aquellos tiempos era costumbre la pintada de las casas, en los primeros días de septiembre, esto, más que una orden municipal, era una costumbre arraigada para festejar los días patrios. Era muy hermosa la ciudad con todas las fachadas bien blanqueadas, pues siempre había sido el blanco el color preferido de los colimotes.

Por esa misma época, las damitas de los muslos retozones tenían la obligación de pasar registro, por lo que en parejas o en grupos salían de sus albergues y se encaminaban al hospital para que los médicos encargados de esos menesteres les dieran “luz verde” al encontrarlas aptas para el servicio. Y muchos de nosotros sabíamos que era viernes al verlas por las calles con sus atuendos llamativos, tanto por su cortedad como por el esplendor de los colores.

Por los mismos años persistía aún en los presidentes municipales que gobernaban la ciudad una falsa moralidad, y con el inocente deseo de que nuestra capital tuviera los atributos de una metrópoli, ordenaban que todos los rancheros que entraran a la ciudad deberían ponerse pantalón. Y así de sencillo fue como los políticos, a fuerzas de multas y encierros, y para satisfacción de los comerciantes que hacían su agosto vendiendo pantalones, hicieron desaparecer el atuendo legendario del campesino colimote. También por esos ayer existía una magnífica disposición municipal que posteriormente se convirtió en costumbre y que consistía en que diariamente por las tardes, todo mundo regaba y barría los frentes de su casa.

Así es que la ciudad, por las tardes olía a tierra mojada, y en las calles sólo se veían los montoncitos de desechos que al día siguiente eran recogidos por el carretón de la basura; desde entonces Colima ha sido tenida por extraños y turistas como una ciudad limpia, galardón que, creo,

todavía enarbolamos con satisfacción.



Por esos mismos tiempos había la bonita costumbre de que, en los portales, frente a la cantina de don Juan Zenizo, la nevería de don Pancho Álvarez, ambas en Medellín, la cervecería de las Palomitas de don Sotero en el Hidalgo y Morelos, sacaban mesas donde se ubicaban los parroquianos a saborear un cognac, a platicar un café, a comer tacos de sesos con cerveza o a tomar nieve con pastelitos, etcétera, etc., pero

ignoro a qué H. Presidente Municipal se le ocurrió que esas medidas o facilidades normales en muchísimas ciudades de nuestro país y del mundo eran en detrimento del buen nombre de la ciudad, y de inmediato expidió una ordenanza prohibiendo la instalación de mesas fuera de sus establecimientos, medida que a nadie benefició y fue en perjuicio de los negocios, del turismo, de los foráneos nacionales y de los propios paisanos colimotes, a quienes les encantaba conversar y tomar la copa o el café admirando el paso a las siempre bellas y moldeadas muchachas del terruño. Afortunadamente para todos, las nuevas autoridades han dado “marcha atrás” en esta absurda medida.

En la década de los treinta y cuarenta se implementó la linda costumbre de pasar los domingos en las salobres olas de Pascuales, por lo que en las “barriadas” se organizaban “camionadas” que se juntaban y salían precisamente frente a Catedral, después de la misa de las 5 de la mañana; los paseantes nos desayunábamos en Tecomán sabroso menuado y no menos agradables tamales y tatemado con recién nacidas tortillas, después salíamos a Pacuales y desde las diez de la mañana nos metíamos al mar hasta la hora de la comida, que la hacíamos con tacos que llevábamos de “bastimento” o en las enramadas localizadas en las orillas de las olas, y ya para las cinco empezaban a salir las “camionadas” de puros alegres y románticos “requemados”. Ya en los cuarenta, organizamos los trenes dominicales que salían los domingos a las 8 de la mañana para Cuyutlán y Manzanillo; mi papá era tan buen organizador, consiguió en la superintendencia de tráfico de los Ferrocarriles, que para no “hacer cola” en la taquilla en la madrugada de los domingos, se vendieran los boletos en la acreditada y vieja tienda de Ceballos, los sábados por la tarde.

Desde luego que falta narrar muchísimas cosas más que pasaban en el lindo Colima de “anteayer”, como eran las procesiones y los novenarios religiosos, las temporadas de Cuyutlán en Semana Santa y de Pascua, las posadas y los hermosos nacimientos que se hacían por todos los rumbos de la ciudad, y sobre todo las lindas “serenatas” que todos los varones acostumbramos llevar a nuestras damitas, ya sea para “contentarlas”, como para demostrarles con las canciones de la época lo mucho que pensábamos en ellas.

* Empresario, historiador y narrador. +

Embrionario

Magda Escareño

BASTIDORES:

IV Bóveda nocturna:

Sólo en la oscuridad se siente la intensidad de la luz. El cerebro, una infinita casa donde habitan todas las estrellas. Allí la dicha y la desdicha; lo dicho y el silencio. La noche se presta para que la locura sea cuerda en el vaivén del sueño perseguido. Sanación asistida...

La Muerte

Carlos Fernando Hernández Bento

Pasó pasando la Muerte,
pasó como pasa siempre,
sin sentidos, crudamente.

Muerte que pasa y deja,
Muerte que pasa y lleva.
Muerte que pasa y queda,
Muerte que pasa y pasa.

Pasó pasando la Muerte.
Pasó como pasa siempre,
sin sentidos, crudamente.

Pues.
Muerte pasa y deja un muerto.
Muerte pasa y se lleva un vivo.
Muerte pasa y queda siempre.
Muerte pasa y siempre pasa.

Pasó pasando la Muerte.
Pasó como pasa siempre:
sin sentidos, crudamente.

Lo pasajero

Todo acabará
cuando no haya ojos
para ver las formas,
cuando no haya oídos
para escuchar sonidos,
ni tacto, ni olfato, ni gusto
para sentir el Mundo.
Todo acabará conmigo...
cuando se cierre
la losa de mi tumba.